



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



61 Retrocede el caserío como abriendo cancha. **62** La amenaza, un poco más de miedo. **63** Un coche tirado por un magnífico tronco árabe. **64** Siempre en el mismo sitio, mirando las mismas cosas. **65** Tres escuálidos árboles entre rejas. **66** La siesta de enero con las fauces abiertas. **67** "Ciudad limpia, ciudad sana, ciudad culta". **68** El sol en las canchas de básquet. **69** Por pasar cerca del puente y ver que el puente sigue estando. **70** Atrás de la estación rebosan los tablones. **71** En el momento en que toman el coche motor.



Alcides Greca Alicia Kozameh
Julio Fingerit Stella Contardi
Darío Homs Rafael Bielsa
Oswaldo Aguirre Gabriela Saccone
D.G. Helder Sergio Cueto
Juan José Saer

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



Recorridos anteriores

1 Roberto Arlt 2 Jorge Söhle 3 Ada Donato 4 Felipe Aldana 5 Beatriz Vignoli 6 Lilian Neumann 7 Arturo Cancela 8 Rosa Wernicke 9 Jorge Isaías 10 Rubens Bonifacio 11 Patricia Suárez 12 Pablo Crash Solomonoff 13 Oscar Taborda 14 Alfonsina Storni 15 Daniel Giribaldi 16 Osvaldo Bazán 17 Borges/Bioy Casares 18 Daniel Briguet 19 Rafael Ielpi 20 Eduardo D'Anna 21 Héctor Sebastianelli 22 Florencio Sánchez 23 Fausto Hernández 24 Edgardo Dobry 25 Francisco Gandolfo 26 Alberto Lagunas 27 Angélica Gorodischer 28 Juan Carlos Onetti 29 Roger Pla 30 Edgardo Cozarinsky 31 César Tiempo 32 Noemí Ulla 33 Alejandro Rubio 34 Hugo Diz 35 Elvio Gandolfo 36 Luis Gudiño Kramer 37 Enriqueta Glardon 38 Mateo Booz 39 Facundo Marull 40 Pablo Makovsky 41 Perfecto Gambartes 42 Marcelo Scalona 43 Lubrano Zas 44 Adolfo Bioy Casares 45 Dermidio González 46 Jorge Barquero 47 Pablo Gavazza 48 Delia Crochet 49 Alma Maritano 50 Abel Rodríguez 51 Carlos Piccioni 52 Roberto Fontanarrosa 53 Beatriz Guido 54 Sergio Gioacchini 55 Carlos Suríguez y Acha 56 Romeo Medina 57 Aldo Oliva 58 Juan Martini 59 Concepción Bertone 60 Ángel Guido

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad

© Editorial Municipal de Rosario 2004

Edición general Pedro Cantini / *Compilación y edición* Martín Prieto y Nora Avaro / *Ilustración* Luis Leonart, Milena Alessio y Silvana Marietta / *Diseño* Cosgaya Diseño / *Impresión* Borsellino Impresos

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a Ricardo Avaro, Analía Capdevila, María del Carmen D'Angelo, Eduardo D'Anna, Hugo Diz, Elvio Gandolfo, Francisco Garamona, Daniel García Helder, Mario Ghione, Alberto Giordano, Diego Giordano, Rafael Ielpi, Jorge Isaías, Jorge Malla, Alfredo Monzón, Gladys Onega, Judith Podlubne, Agustina Prieto, Carlos Raggi, Roberto Retamoso, Sylvia Saitta, Oscar Taborda, Fernando Toloza, Alfredo Tornimbeni, Alberto Carlos Vila Ortiz, Susana Zemme, Héctor Nicolás Zinni.

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario* y *Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

61

Ludueña

por Alcides Greca

El arrabal empieza a zumbiar. Rajan el aire fresco las clarinas de los gallos. Se recortan sobre las vías algunos grupos de hombres en marcha. A la distancia, un conjunto de casas se engulle un tranvía. Con gran ruido de cascabeles, un pelotón de carritos lecheros se lanza a la carga sobre un paso nivel.

Schneider lleva su bolsa en el extremo de un palo que carga sobre un hombro, a manera de fusil. Roque lleva un lío del que asoman los flecos de un poncho bermejo y el pico de una botella.

Cuando salieron de Ludueña, retrocedió el caserío, como abriendo cancha. En la ciudad que se alejaba, rojo y blanco bañado en luz, las chimeneas difuminaban negros rayones sobre un cielo frataschado con ceniza.

Los tamangos del alemán se lustraban entre los pastos mojados. Tomaron las vías del Central.



**Retrocede el
caserío como
abriendo cancha**



Criado en San Javier junto a los mocovíes, guionista y director de "El último malón" —primer largometraje filmado en el interior del país en 1917, en el que se recrea la última rebelión aborigen en territorio santafesino, ocurrida en 1904—, poeta, abogado y político, Alcides Greca fue también un vigoroso narrador que encontró en la pampa gringa el paisaje justo para sus ficciones regionalistas.

Alcides Greca nació en San Javier (Santa Fe) en 1889 y murió en Rosario en 1956. Este es un fragmento de su novela *La Pampa Gringa* (Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1956).



62

El Comando

por Alicia Kozameh



1 Casa De Lorenzi, donde estuvo el Comando del II Cuerpo de Ejército y futura sede del Museo de la Memoria.

2 Ex Jefatura de Policía de la provincia de Santa Fe, en cuyo subsuelo funcionó el centro clandestino de detención llamado El Pozo.

Retomamos la marcha. Casi la mitad del trayecto estaba hecha. Rosario se acercaba acartonada. De utilería. La luz era papeles pintados de amarillo y la edificación se achataba a cada paso. Más avanzábamos, más parecía que estábamos a punto de chocar contra un escenario montado a medio metro del suelo. Móvil, tan móvil como mi propia sensación de vida o de muerte.

La mañana ya estaba completa y ardua. Llegábamos. Entrábamos. Nos vimos —me vi— como marionetas conducidas hacia un

Alicia Kozameh nació en Rosario en 1953. Este fragmento pertenece al relato "A modo de regreso II" de su libro *Pasos bajo el agua* (Buenos Aires, Contrapunto, 1987).

La amenaza,
un poco más
de miedo



Comando del II Cuerpo de Ejército, caminando hacia una puerta lateral, cruzando una calle.

De pie en hilera en ese patio, el Jefe del II Cuerpo recordándonos que los errores cometidos por él y sus compañeros eran fácilmente repetibles; el sermón habitual: la amenaza, un poco más de miedo.

Confusamente en medio de esa ficción recuerdo la calle y a mi madre con un ramo de flores que jamás entendí, el carro de asalto en el que tres de las veintinueve éramos conducidas a la Jefatura de Policía a concretar nuestras libertades vigiladas, y recuerdo después esa otra calle, la que se veía desde el auto de mi padre camino a mi casa y a los gatos. Ya eran las cuatro de la tarde.

Volviendo a Rosario, recién salida de la cárcel, la protagonista de este relato encuentra en los artificios de la mente un antídoto contra esa experiencia verdaderamente hiperrealista, de modo que la ciudad termina pareciéndole de utilería y la arenga del jefe del ejército, una pura ficción.



63

Plaza San Martín (2)

por Julio Fingerit

**Un coche tirado
por un magnífico
tronco árabe**

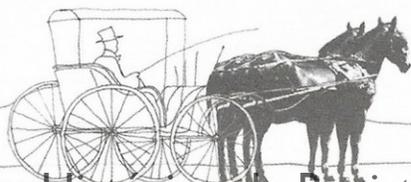


“Con sólo gente decente no se puede escribir una novela decente”, dice Julio Fingerit, quien encuentra en la Rosario de fin del siglo XIX suficientes personajes indecentes como para armar una singular novela naturalista.

Fortunato Pérez mandó levantar en la calle Córdoba, en frente de donde hoy está el palacio de los Tribunales, una amplia casa de un solo piso alto. Esta casa era por fuera muy sencilla, por dentro muy capaz. Tenía un gran jardín trasero y entrada para coches. Los fondos daban a la calle Rioja.

Pero en aquella casa grande, hecha del más rico material y amueblada con el más severo lujo, no se recibía jamás. Fortunato Pérez vivía en ella solo, con sus criados. Fortunato Pérez gustaba poco de los amigos, y tenía en efecto pocos. Era, en el fondo, muy tímido, y a sus años, todavía soñaba con una imaginación de niño.

Fortunato pasaba todos los días en su coche, tirado de un magnífico tronco árabe, por delante de la Plaza San Martín, que entonces era montuosa. Frente a la Plaza San Martín había algunas de las más grandes casas de Rosario, habitadas por algunas de las principales familias. Una de estas familias era la de Lazarovic. Al mediodía las muchachas rosarinas, solían salir, como todavía lo hacen hoy, por la calle Córdoba, bajo pretexto de tomar sol o de hacer compras, a verse las caras y saludarse. Las muchachas de Lazarovic hacían lo que todas. Todo el mundo allí se conocía, aunque ya no todos se saludaban como algunos años antes cuando la ciudad era más aldeana. Fortunato Pérez, a aquella hora, se paseaba a pie por la calle Córdoba, en seguimiento de María Lazarovic.



por Stella Contardi

—¿Qué piensa de Rosario? —preguntó Francisco al viejo que cabecaba en un banco de la plaza Santa Rosa. El viejo abrió unos ojos embotados tal vez por el alcohol o la fatiga de estar siempre en el mismo sitio, mirando las mismas cosas.

—¿Cómo dice joven?

—Le pregunto qué piensa de Rosario, sí, no se asombre, Rosario, su ciudad, ¿o no es usted rosarino?

—Sí —contestó el viejo. —Soy rosarino, ¿y eso qué tiene que ver?

Francisco se dispuso a amontonar paciencia mientras se sentaba junto a él.

—Mire, señor, soy periodista y estoy haciendo un reportaje. Usted es el primer entrevistado. Quiero conocer su opinión. ¿Puede decirme su nombre?

—Pedro Fuentes —respondió el viejo—. Fui albañil toda mi vida. Rosario es una ciudad desconsiderada, eso es lo que pienso.



**Siempre en
el mismo sitio,
mirando las
mismas cosas**



Aun antes de que la “identidad rosarina” fuese una proclama común de artistas locales y plataformas políticas de ocasión, a fines de los años 60, en esta novela, un grupo de jóvenes sale a la calle a preguntar a los transeúntes qué piensan de su ciudad. Y todos piensan mal.



65

Plaza de la Cooperación

por Darío Homs

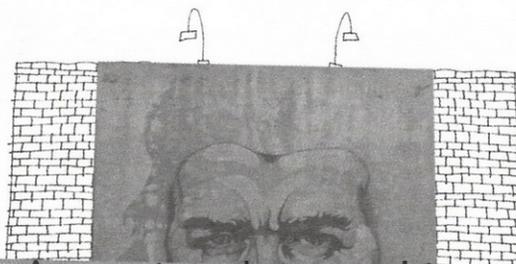
Tres escuálidos
árboles
entre rejas



Donde estuvo uno de los antiguos mercados de la ciudad ahora hay una plaza, y en la plaza un mural del Che Guevara con su característica boina guerrillera, que no podría faltarle aunque diste de ser lo más apropiado para cubrirlo de los implacables soles rosarinos.

El sol es despiadado y fulmina a las aves en vuelo. Agrietada a su merced, de cemento, básicamente de cemento, la gente se parece al paisaje. Puntos de un trazo que no los precisa. Estoy parado en Mitre y Tucumán, esquina que supo tener la zapatería en donde calzaban sus pies las chicas más distinguidas de la comarca.

El comercio ya no está pero sí, a cambio, una de esas horribles Plazas Natale con tres escuálidos árboles entre rejas que ni logran proyectar atisbo de sombra. Esta plaza, lejos de ser cualquiera, es la que le rinde tributo municipal al Che mediante el *Mural con boina y estrella*, obra pos mórtem de Carpani. Los balcones bajos de los edificios vecinos se engalanan con lucecitas chinas para navidades occidentales. Esos cables poco sólidos enroscados a las barandas comienzan a derretirse y gotas incandescentes de plástico verde caen sobre la cabeza de los transeúntes. Boquean dos ancianas tiradas en la entrada de un supermercado. Boquean al sol vendiendo flores de no polen e inexistentes gineceos. Flores de cámara. El río, cerca, es superficie laminada que refleja la maldad de esta luz, bajo sus aguas el milagro del génesis se torna sentencia nefasta: "A tu pared, condenada al almanaque se le confirma la fecha". Treinta y uno de diciembre de 1999.



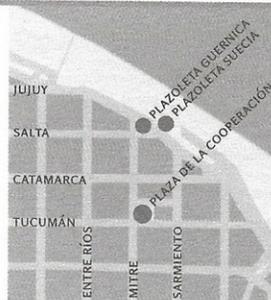
por Rafael Bielsa

La siesta de enero dormía con las fauces abiertas de par en par, dentro de donde ardía una pira enceguedora en mitad de un silencio de páramo. En un mes y veinte días cumpliría los diecisiete años, ya iba siendo tiempo de enamorarse.

Caminó hasta la plaza Guernica de Salta y Mitre, y una vez allí, se dirigió hasta las arcadas de ladrillo inglés cocido con esmalte. Buscó el lugar elegido, retrepándose contra una reja, el sitio preciso en el que el arco de medio punto se completaba dejando —entre dos piezas de la estructura— un hueco apenas visible, colocó allí el tubito ahora fragante, y lo empujó hacia adentro.

Luego, se sentó a mirar el río, que fluía como agua de fregar. El fundamento de aquello era más o menos simple: “Así como yo copio versos en papel de seda, buscando a una mujer a quien amar, los guardo en un envase y los oculto en un escondrijo, habrá una mujer que —buscando un hombre que la ame— copiará versos en papel de seda, los recortará, enrollará y enlatará y, buscando el lugar más apropiado para dejarlos, encontrará los míos, y con ellos a mí, ocurriendo el amor”.

Creía ciegamente en la infalibilidad de la receta. Tan simple era el razonamiento, tan semejante a una fórmula química —la química del amor— que todo se reducía a esperar el momento epifánico. Recordaba una frase del Cardenal Mazzarino: *yo y el tiempo, no importa contra quién.*

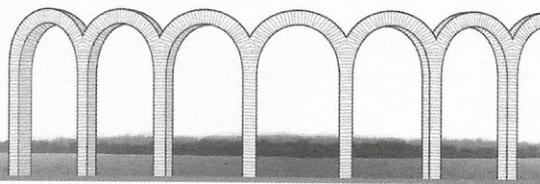


La siesta de enero con las fauces abiertas



De un lado de la avenida del Huerto, se secó el viejo roble del paseo que recuerda a la ciudad vasca bombardeada por los nazis. Y del otro, arrasados por el moderno Parque de España, desaparecieron los antiguos arcos de ladrillo de la ex-plazoleta Suecia. Quedan dos paradojas: el río, que siendo siempre distinto es el mismo, y los amores imposibles, que son los más perdurables.

Rafael Bielsa nació en Rosario en 1935. Este es un fragmento del relato “Retrato del artista adolescente” perteneciente a su libro *Sombras nada más* (Buenos Aires, Catallogos, 2000).



67

Terminal

por Osvaldo Aguirre

En el interior del atestado trolebús se respiraba una mezcla de sudor y perfume barato. Una pareja de ciegos, inmóvil en los primeros asientos, grupos de jóvenes en busca de los cines céntricos, familias numerosas y hasta un policía, con un bolsito

>>>



Osvaldo Aguirre nació en Colón (Buenos Aires) en 1964. Este es un fragmento de su novela *La deriva* (Rosario, Beatriz Viterbo, 1996).

**"Ciudad limpia,
ciudad sana,
ciudad culta"**





En 1892 se inauguró en Santa Fe y Cafferata la primera estación de la Compañía Francesa de Ferrocarriles, hecha de madera con techos de chapa. En 1930 la reemplazó "La Francesa", hoy estación de ómnibus y desde entonces edificio emblema de un barrio de gran tradición en el que proliferan todo tipo de hoteles, comercios y boliches, y por donde circulan varios de los personajes de esta novela.



»» de mano, que iniciaría su franco: todo el pasaje hablaba en voz alta y crispada, como enervado por el calor. Pese a la calcomanía pegada en el respaldar del conductor —con la leyenda “*ciudad limpia, ciudad sana, ciudad culta*”—, el piso del coche estaba cubierto de papeles y restos de galletitas que dejaban caer los chicos, mientras se perseguían por el pasillo, esquivando los coscorrones y manotazos de sus padres. A medida que subían, los pasajeros se desplazaban presurosos, impulsados por el brusco envión del trolebús al arrancar, hacia el fondo del coche, junto a la puerta de descenso, donde había un asiento vacío: luego, al advertir la capa de vómito que burbujeaba en el suelo, retrocedían con una mueca de asco.

Unas cuadras antes de su departamento, sobre la terminal de ómnibus, Sanata pulsó el timbre; y al bajar los tres escalones, advirtió sobre los vidrios una oblea con la inscripción “*Tito y Pepe*”.

El equilibrio que había mantenido durante años, ocultando partes de su personalidad según la persona que le salía al cruce, se fracturaba inexorablemente y no se veía ninguna red que pudiera contener su caída. Porque en cuanto lo buscara la policía se le cerrarían los lugares a los que tenía acceso. De un lado y del otro. El Viejo, además, no tardaría en anunciar a los cuatro vientos su traición. Y nadie asila al que es perseguido por los poderosos, los que pueden causar daño a quienes se les oponen. En ese punto, por ejemplo, El Gran Toto era claro. No entregaba a la gente, pero les advertía que debían irse de Los Blockes: no se podía vivir con los tipos de Homicidios, o los tóxicos, o la tropa de la infantería pisando el barrio, tumbando casas, levantado gente por averiguación de captura.

Y ahí, frente a las plataformas de la estación, estaba la carpa del pastor Eugenio. El Ministerio de la Nueva Onda.

Debía encontrar la salida.

por Gabriela Saccone

Una polilla entre cáscaras de papa,
 este hombre de ojos azules
 —vejez alada entre desperdicios.
 No es un necio y bala monosílabos
 como toda respuesta.
 ¿Por qué se apiada del censista?
 Acercarse a la carpa del traidor
 para grabar en la retina
 lo que quiere llevarse del Atlanta:
 banderines nomás, el hule de las mesas
 y el sol pegando en las canchas de básquet.

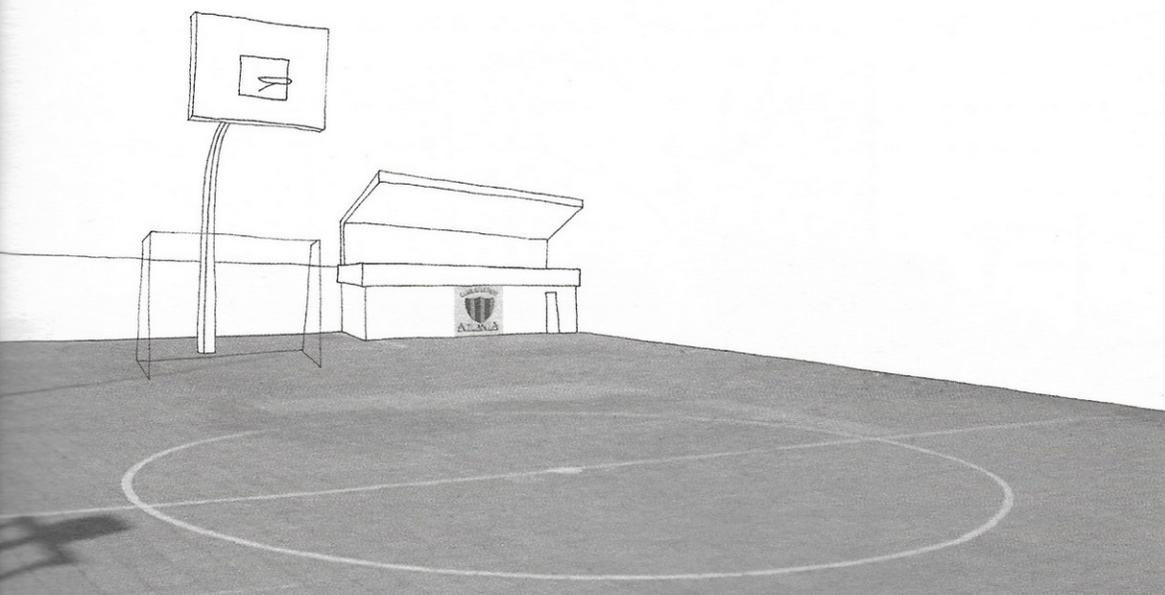
El censista, munido de sus
 planillas reglamentarias y sus
 lápices de colores, recorre los
 clubes de la ciudad cantan-
 do ancianos como si fueran
 ovejas. Pero parece más aten-
 to a la circunstancia y al am-
 biente que a los desgastados
 monosílabos de los encues-
 tados.



El sol en las canchas de básquet



Gabriela Saccone nació en Rosario en 1961. Este poema pertenece a su libro
 Medio cumpleaños (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2000).



69

Club Atlético Sparta

por D.G.Helder

Peluquería de extramuros

**Por pasar cerca
del puente y ver
que el puente
sigue estando**

Era, nomás, por pasar cerca del puente
—y ver que el puente seguía estando
aunque el tren ya no pasara— y enseguida
ir bordeando, del brazo, el Atlético Sparta,
cruzar después la zanja donde, dele sacar
caracoles del agua con una media,
un día, intacta, descubrí entre los yuyos
la cabeza de perro, que a los treinta años
—más un hermano, ahora, que un hijo—
me ofrecí, por calles de tierra,
a ir con mamá hasta la peluquería.



Daniel García Helder nació en Rosario en 1961.
Este poema pertenece a su libro *El Guadal* (Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1994).



Una enorme estación de servicio ocupa ahora un cuarto del predio del viejo club de barrio Sarmiento. Pero las zanjas, las vías del ferrocarril y la pared donde un cartel desteñido dice "Peluquería Verónica" son la reproducción exacta de la imaginación del poeta.



70

Club Atlético Central Córdoba

por Sergio Cueto



Como si Vicente, Gabino y Tomás fueran un santo y seña sentimental, que les permite a los habitantes del barrio La Tablada reconocer, en el viento, su carta de ciudadanía, y no los nombres de pila de las máximas glorias futboleras charrúas: de la Mata, Sosa y Carlovich.

C. C.

Los llevaban
de la mano.

Atrás de la estación
los tabloneros
rebotaban.

El viento traía los cantos.

Eran parte
de nada.

Eran parte.

Compartieron
los nombres.

Vicente, Gabino, Tomás.

Sergio Cueto nació en Rosario en 1961.
Este poema pertenece a su libro *Poemas* (Endymion número 4, Rosario, 2001).



por Juan José Saer

Él, el hombre que, benévolo y servicial, los ha acompañado hasta el coche motor, en Rosario Norte, da la impresión, desde hace un mes de ser, no real, sino más bien diferente —la distancia reconcentrada se ha vuelto jovialidad, la indiferencia distraída, atención amable, la inercia mustia y depresiva comercio familiar, entusiasmo y proyectos. El día antes ha salido del tallercito con los ojos fatigados de tanto conectar cables demasiado finos y de ajustar tornillos diminutos y, mientras ayudaba a Isabel a preparar las cosas para la cena y a poner la mesa, le ha dicho a Leto que la semana siguiente, cuando ellos hubiesen vuelto del pueblo, irían juntos a pescar; cruzarían el río en canoa con Lopicito y se instalarían un par de días en la isla. Le ha incluso dado un golpe de teléfono a Lopicito que, desde luego, se ha mostrado entusiasta. Y en Rosario Norte, en el momento en que tomaban el coche motor, él, ese hombre se lo ha vuelto a recordar: el miércoles, a más tardar, porque Lopicito estaba ocupado lunes y martes, se embarcaban para la isla. A decir verdad, Leto tiene que esforzarse un poco para demostrar que encuentra el proyecto tan atractivo como parecen encontrarlo Lopicito y él, pero la curiosidad un poco crispada, escaldada, que le despiertan esos seres diferentes, lo induce a prestarse, a asistir, con la misma prescindencia afectiva con que se observa el comportamiento de una colonia de hongos de laboratorio, a la representación de las distintas escenas de la comedia, con la esperanza de poder desentrañar al final la verdadera esencia de la intriga y de los personajes. Muchos años más tarde sabrá, gracias a evidencias sucesivas, que lo que otros llaman el alma humana nunca tuvo ni tendrá lo que otros llaman esencia o fondo; que lo que otros llaman carácter, estilo, perso-



“Rosario es la ciudad que yo inventé”, dijo una vez Juan José Saer, haciendo referencia a que la urbe en que transcurren muchos de sus relatos se parece demasiado a ésta que, sin embargo, fue el escenario de muy pocas y estrictas escenas de su vasta obra narrativa.

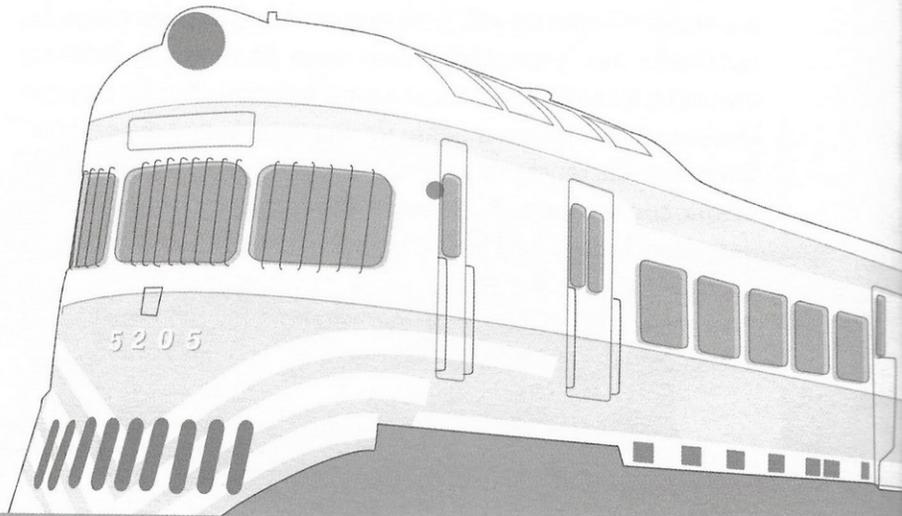
>>>



nalidad, no son otra cosa que repeticiones irrazonables acerca de cuya naturaleza el propio sujeto que es el terreno en que se manifiestan es quien está más en ayunas, y que lo que otros llaman vida es una serie de reconocimientos *a posteriori* de los lugares en los que una deriva ciega, incomprensible y sin fin va depositando, a pesar de sí mismos, a los individuos eminentes que después de haber sido arrastrados por ella se ponen a elaborar sistemas que pretenden explicarla, pero por ahora, cuando recién acaba de cumplir veinte años, cree todavía que los problemas tienen solución, las situaciones desenlace, los individuos caracteres y los actos sentido.



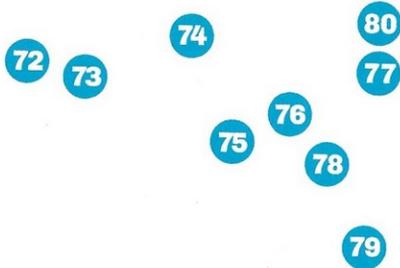
En el momento
en que toman
el coche motor



Juan José Saer nació en Serodino (Santa Fe) en 1937. Este es un fragmento de su novela Glosa (Buenos Aires, Alianza, 1986).

Último recorrido

el domingo 31 de octubre



Francisco Utrondo Raymond Carver
Jorge Riestra César Aira
Luis Carrión Rodolfo Vinacua
Marcos Lenzoni Ricardo Guiamet
Graham Greene

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad

Más de setenta escritores que tomaron a Rosario como escenario de sus relatos y poemas, a lo largo de diez recorridos por la ciudad que la literatura reinventó en el último siglo y en diez entregas quincenales. La ciudad de las cosas que ya no son y perviven, o nunca fueron pero podrían ser. La de nuestras mejores y peores fantasías.

Una ciudad imaginaria. O la única real.

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española
 “Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso Internacional
 de la Lengua Española

Comunidad Lingüística y Cultural de Rosario

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO
 SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN